

IX

VENTE CONMIGO

SERÍAN las dos de aquel mismo día cuando se estaba vistiendo la chica, como decía Marescal. Valentín, un viejo criado, que a la sazón integraba todo el personal de la casa, le había servido la comida en su habitación, y le había comunicado que Brégeac deseaba hablarle.

Acababa de salir de la enfermedad. Estaba pálida y muy débil. Y tenía que hacer un gran esfuerzo para presentarse erguida y con la cabeza alta frente al hombre detestado. Luego de ponerse carmín en los labios y en las mejillas, bajó.

Brégeac la esperaba en el primer piso, en su gabinete de trabajo, desahogada estancia con los balcones cerrados e iluminada por una lámpara.

—Siéntate—dijo el padrastro.

—No.

—Siéntate. Estás fatigada.

—Pues dime en seguida lo que tengas que decirme, para que pueda retirarme.



Brégeac dió unos paseos por la habitación. Su cara denotaba agitación y preocupaciones. Observaba a su hijastra disimuladamente, con tanta hostilidad como pasión, a la manera de un hombre que choca con una voluntad indomable. Y al mismo tiempo tenía lástima de ella.

Acercándosele y poniéndole una mano en el hombro, la hizo sentar a la fuerza.

—No seré pesado—avisó—. Lo que tengo que decirte es cuestión de pocas palabras. Y en seguida decidirás.

Aunque materialmente estaban cerca uno del otro, los separaba una distancia mayor que la que media entre dos adversarios. Brégeac lo notó, así como que todas las palabras que pronunciase no harían más que ensanchar el abismo existente entre ellos. Crispando los puños, dijo:

—Pero, ¿no comprendes que estamos rodeados de enemigos y que esta situación no puede durar?

La muchacha preguntó entre dientes:

—¿Qué enemigos son éstos?

—No lo ignoras... Marescal te detesta y quiere vengarse...

Y en voz muy baja, con gran seriedad, explicó:

—Oye, Aurelia... Nos vigilan hace algún tiempo. En el ministerio registran mis cajones. Superiores, subordinados, todo el mundo va contra mí. ¿Por qué? Porque todos, quién más, quién menos, están a sueldo de Marescal y saben que tiene mucha influencia con el ministro. Y tú y yo estamos unidos, aunque quizá solamente por ser objeto de un odio co-

mún. Pero, además, nos ata el pasado, que es el mismo para ambos, quieras o no. Te he educado. Soy tutor tuyo. Mi ruina sería la tuya. Y hasta me pregunto si no quieren atacarte a ti precisamente por motivos que ignoro. Sí: tengo la impresión, por ciertos síntomas, de que a mí, en fin de cuentas, me dejarían en paz, pero que tú estás directamente amenazada.

La joven pareció desfallecer.

—¿Cuáles son los síntomas?

—No se trata solamente de síntomas—respondió Brégeac—. He recibido una carta anónima escrita en papel del ministerio. Es una carta absurda, incoherente, en que se me previene que van a empezar persecuciones contra ti.

Aurelia tuvo energía para decir:

—¿Persecuciones? ¿Está usted loco? ¿Qué importa una carta anónima?...

—Claro, claro... Será algún rumor estúpido recogido por cualquier subalterno... Pero el caso es que ese Marescal tiene osadía para todo...

—Si usted tiene miedo, váyase.

—Tengo miedo por ti, Aurelia.

—Yo no tengo nada que temer.

—Sí. Ese hombre ha jurado perderte.

—Entonces deje que me vaya.

—¿Te encuentras con fuerzas?

—Tendré toda la necesaria para salir de esta cárcel en que usted me sujeta y para no verle más.

Brégeac hizo un gesto de desaliento.

—Cállate... No podría vivir... He sufrido mucho durante tu ausencia. Y lo prefiero todo,



todo, antes que separarme de ti. Mi vida entera depende de tu mirada, de tu vida...

Ella se irguió, estremecida de indignación, para decir:

—Le prohibo que me hable así. Me juró que jamás oiría una de esas palabras, una de esas palabrotas abominables...

Y mientras ella se dejaba caer, agotada, el otro se apartaba para desplomarse en un sillón, donde quedó con la cabeza entre las manos y las espaldas sacudidas por sollozos, a la manera de un hombre vencido, para quien la existencia es un peso intolerable.

Tras un largo silencio, añadió con sorda entonación:

—Todavía somos más enemigos que antes de tu viaje. Has vuelto completamente cambiada... ¿Qué has hecho, Aurelia? No me refiero a lo hecho en Santa María, sino durante las tres primeras semanas en que yo te buscaba como un loco, sin pensar en el convento? Yo sabía que no amabas a ese miserable Guillermo. ¡Y, sin embargo, lo has seguido! ¿Qué ha sido de vosotros? ¿Qué ha sido de él? Recelo que han ocurrido acontecimientos muy graves. Se te nota inquietud. Cuando delirabas hablabas como quien huye sin cesar, como quien ve sangre y cadáveres...

La joven se estremeció.

—¡No, no, no es verdad!... Me habrá usted oído mal.

—¡Qué he de oír mal!—dijo él, moviendo la cabeza—. Ahora mismo tienes ojos de espanto... Parece que continúe tu pesadilla...

Y, acercándosele, agregó lentamente:

—Necesitas mucho descanso, pequeña. Y

precisamente eso es lo que deseaba proponerte. Esta mañana he pedido una licencia. Así es que podemos irnos juntos. Te juro que no pronunciaré una sola palabra que pueda ofenderte. Ni tan siquiera te hablaré de ese secreto que hubieras debido confiarme, ya que, en fin de cuentas, me pertenece tanto como a ti. No intentaré leer en el fondo de tus ojos dónde se esconde, a pesar de que frecuentemente, lo confieso, he intentado descifrar por la fuerza el enigma impenetrable. Dejaré en paz tus ojos, Aurelia. No te volveré a mirar. Mi promesa es formal. Pero ven, pequeña, pobrecita. Me da lástima que sufras esperando no sé qué. A tu llamamiento sólo puede responder la desgracia. Ven.

Pero ella guardaba silencio con una gran obstinación. El irremediable desacuerdo que había entre ambos constituía una imposibilidad para pronunciar cualquier palabra que no fuese una herida o un ultraje. La odiosa pasión de Brégeac les separaba más que muchas cosas pasadas y muchas profundas razones que siempre les habían producido choques entre uno y otro.

—Contesta—dijo finalmente el hombre.

Y ella declaró con firmeza:

—No quiero, no quiero soportar más la presencia de usted ni vivir en la misma casa. Me marcharé en cuanto tenga ocasión.

—Y seguramente en compañía, ¿no?—apuntó él sarcásticamente—. ¡Como la otra vez!... ¿También Guillermo?...

—Lo he despedido.

—Pues será otro: otro, al que seguramente



esperas ya. Tus ojos no cesan de mirar, tus oídos no cesan de escuchar... Ahora...

La puerta del vestíbulo se abrió y se cerró.

—¿Qué estaba diciendo? —exclamó Brégeac con maligna sonrisita—. ¡Ah! Que realmente me parece que esperas... y que vaya a venir alguien... No, Aurelia, no vendrá nadie: ni Guillermo ni quien no es Guillermo. La puerta ha sido abierta por Valentín, que vuelve del ministerio, adonde le envié para recoger mi correspondencia. Como no voy a ir...

Los pasos del doméstico se oyeron subiendo los escalones del primer piso y atravesando la antecámara. Por fin entró.

—¿Has hecho el encargo, Valentín?

—Sí, señor.

—¿Había cartas? ¿Había que firmar algo?

—No, señor.

—¡Hombre! ¿Y el correo?

—Acababa de ser entregado al señor Marescal.

—¿Y con qué derecho se atreve Marescal a eso?... ¿Estaba allí?...

—No. Se había marchado al momento de llegar.

—¿Se había marchado ya a las dos y media?... ¿Sería algún servicio?

—Sí, señor.

—¿Has procurado enterarte?

—Sí; pero en las oficinas no sabían nada.

—¿Iba solo?

—No; con Labonce, Tony y Sauvinoux.

—¿Con Labonce y Tony?—exclamó Brégeac—. ¿Entonces se trata de una detención? ¿Cómo no me han avisado? ¿Qué ocurre?

Valentín se retiró. Brégeac, mientras paseaba por la estancia, repetía con preocupación:

—Tony es la mano derecha de Marescal... Labonce, uno de sus favoritos... ¡Y todo eso prescindiendo de mí!...

Pasaron cinco minutos. Aurelia le miraba con angustia. Brégeac, de pronto, se dirigió a un balcón y entreabrió la puerta. Luego de escapársele un grito, volvió, balbuceando:

—Están en la esquina de la calle... Acechan...

—¿Quiénes?

—Tony y Labonce, los acólitos de Marescal.

—¿Y qué?—murmuró la joven.

—Que esos dos son los que él emplea para los casos graves. Esta misma mañana ha trabajado con ellos.

—¿Y están ahí?—preguntó Aurelia.

—Ahí están. Los he visto.

—¿Acaso va a llegar Marescal?

—Sin duda. Ya has oído lo que decía Valentín.

—Va a llegar... Va a llegar...—musitó la muchacha.

—¿Qué te pasa?—preguntó Brégeac, asombrado por aquella emoción.

—Nada—contestó ella, dominándose—. A veces se asusta una sin tener motivos para ello.

Brégeac reflexionó. También él procuraba dominar sus nervios. Y dijo:

—Es verdad. A veces se encalabrina uno por causas pueriles. Voy a interrogarles; tengo la certeza de que todo se aclarará. Estoy



absolutamente seguro de ello. Al fin y al cabo, los acontecimientos permiten creer que lo que está en vigilancia no somos nosotros, sino la casa de enfrente.

Aurelia levantó la cabeza.

—¿Qué casa?

—Es el trabajo a que me refería. Este mediodía han detenido en ella a un hombre... ¡Oh, si hubieras visto a Marescal cuando se ha marchado del despacho, allá a las once! Me he encontrado con él. ¡Qué expresión tenía de contento y de odio feroz! Me ha turbado. Ese odio sólo puede tenerlo contra una persona. Y esa persona soy yo o, mejor dicho, somos nosotros. Entonces pensé que la amenaza nos atañía.

Aurelia se irguió, más pálida aún.

—¿Qué dice? ¿Ha habido una detención en la casa de enfrente?

—Sí; han detenido a un tal Limézy, barón de Limézy, que se hace pasar por explorador. A la una he recibido noticias en el ministerio. Acababan de encerrale en el Depósito.

La joven ignoraba el nombre de Raúl. Pero recelaba que se trataba de él. Así es que preguntó con voz temblorosa:

—¿Quién es ese Limézy?... ¿Qué ha hecho?...

—Según Marescal, el asesino del rápido, el tercer cómplice que buscan...

Aurelia estuvo a punto de caer. Ofrecía un aspecto de vértigo y demencia. Y tanteaba en el vacío para encontrar un punto de apoyo.

—¿Qué ocurre, Aurelia?... ¿Qué sucede?...

—Estamos perdidos—gimió ella.

—¿Qué quieres decir?

—Usted no puede comprenderlo...

—Explícate. ¿Conoces a ese hombre?

—Sí... Sí... Me ha salvado de Marescal, de Guillermo, de ese Jodot, a quien usted recibe... Y ahora nos hubiera salvado también.

Brégeac la miraba con estupor.

—¿Era él a quien esperabas?

—Sí—contestó la joven, distraída—. Me había prometido hallarse ahí... Y yo estaba tranquila... ¡Le he visto hacer cosas tan grandes!... ¡Cómo se burló de Marescal!...

—¿Entonces?...—insinuó Brégeac.

—Quizá fuera lo mejor—contestó ella con el mismo acento de pasmo—ponernos a salvo, tanto usted como yo... Hay asuntos que pudieran ser interpretados en contra suya... Son asuntos pasados...

—¿Estás loca?—dijo Brégeac, trastornado—. Nada ha ocurrido y, por mi parte, nada temo.

A pesar de ello, salió de la habitación, llevándose a la joven al rellano. Ella, sin embargo, resistió.

—¿Para qué?... Nos salvará... Vendrá... Se evadirá... ¿Por qué no esperarlo?

—Nadie puede evadirse del Depósito.

—¿De veras? ¡Dios mío! ¡Qué horror!

La muchacha no sabía qué determinación tomar. Espantosas ideas se arremolinaban en su cerebro de convaleciente: el miedo a Marescal... la detención inmediata... la policía irrumpiendo y retorciéndole las muñecas...

Finalmente, la decidió el espanto de su padrastró. Llevada por un ímpetu de tempestad, corrió hasta su habitación y reapareció al momento con una maleta en la mano. Brégeac



también se había preparado. Parecían un par de criminales cuya única esperanza radicaba en una fuga desesperada. Bajaron la escalera y atravesaron el vestíbulo.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

— ¡Demasiado tarde! — musitó Brégeac.

— ¡Ca! — dijo Aurelia, animada por la esperanza—. Quizá sea él...

Pensaba en el amigo de la terraza conventual, el cual había jurado no abandonarla y salvarla, aunque fuera a última hora. ¿Acaso había obstáculos para él? ¿No dominaba los acontecimientos y a las personas?

Llamaron de nuevo.

El viejo criado salía del comedor.

— Abre — le dijo Brégeac en voz baja.

Se percibían cuchicheos y ruido de botas al otro lado de la puerta.

Alguien llamó.

— Abre — repitió Brégeac.

El doméstico obedeció.

Y apareció Marescal, acompañado de tres hombres: tres hombres de talante especial, a los que la joven conocía perfectamente. Por ello se pegó a la barandilla de la escalera, gimiendo en voz tan baja que solamente Brégeac pudo oír:

— ¡Dios mío! No es él.

Brégeac se irguió frente a su subordinado.

— ¿Qué desea? Le había prohibido que viniera aquí.

Marescal respondió sonriendo:

— Es cuestión del servicio, es orden del ministro, señor director.

— ¿Y esa orden se refiere a mí?

— A usted y a la señorita.

— Y ¿le obliga a echar mano de esos tres hombres?

Marescal se echó a reír.

— No. Ha sido una casualidad... Paseaban por ahí... Y hablábamos... ¿Le contraría?...

Al entrar vió las maletas.

— ¡Ah! ¿Un viajecito?... Si me descuido un minuto, fracaso en la misión.

— ¡Señor Marescal! — dijo Brégeac con firmeza—. Si tiene una misión que cumplir, si tiene que comunicarme algo, acábemos pronto; aquí mismo.

El comisario, acercándosele, dijo duramente:

— Nada de escándalos ni de tonterías, Brégeac. Nadie, ni estos hombres, está enterado de nada. Hablemos en su despacho.

— ¿De qué?

— De lo que pasa. Tiene bastante gravedad. Si su hijastra no le ha hablado de ello, quizá crea preferible una explicación sin testigos. ¿Verdad, señorita?

Aurelia, lívida como una muerta, sin apartarse de la barandilla, parecía al borde de un desmayo.

Brégeac, sosteniéndola, dijo:

— Subamos.

Mientras la joven se dejaba llevar, Marescal dijo a sus hombres:

— No se mueva del vestíbulo ninguno de ustedes. Y que nadie entre ni salga, ¿eh? Usted — añadió dirigiéndose al criado — enciérrese en la cocina. Si arriba pasa algo daré un silbido para que Sauvinox acuda. ¿De acuerdo?